

VIERNES VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu Vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mi: "su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, "derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia - como lo había prometido a nuestros padres - en favor de Abrahán y su descendencia por siempre». María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

Este es el hermoso encuentro entre María e Isabel, conocido como la Visitación. Este evento no solo es un momento de alegría y comunión entre dos mujeres santas, sino que también está lleno de profundo significado teológico y espiritual. Nos invita a reflexionar sobre la humildad, la fe, y la acción de Dios en nuestras vidas.

1. El Encuentro de la Fe y la Humildad. María, portadora del Hijo de Dios, lleva la presencia divina a Isabel. Este acto de visitar y servir a su prima muestra la humildad y el amor de María. Isabel, llena del Espíritu Santo, reconoce la grandeza de María y del niño que lleva en su vientre. Isabel también nos muestra la humildad al reconocer la bendición que le ha sido concedida al recibir a la madre de su Señor.

El Cántico de María: El Magnificat. María responde con el Magnificat, un cántico de alabanza a Dios. Este himno es una expresión de gratitud y adoración que destaca varios aspectos claves:

Humildad y Exaltación: María reconoce su propia humildad y cómo Dios ha obrado maravillas en ella, una humilde sierva.

La Fidelidad de Dios: María exalta la misericordia y la fidelidad de Dios hacia su pueblo, recordando las promesas hechas a Abraham y a su descendencia.

La Justicia Divina: Proclama la justicia de Dios, que exalta a los humildes y derriba a los poderosos, que llena de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos.

El encuentro entre María e Isabel es un ejemplo de la importancia de la comunidad en la vida de fe. Ambas mujeres, en circunstancias extraordinarias, encuentran apoyo, consuelo y confirmación de la obra de Dios en sus vidas a través de su mutua compañía. Este pasaje nos recuerda la importancia de caminar juntos en la fe, de apoyarnos unos a otros y de reconocer la acción de Dios en nuestras vidas a través de la comunidad.

Este texto nos invita a reconocer la grandeza de Dios en nuestras vidas, a responder con gratitud y alabanza. Además, nos recuerda la importancia de la comunidad de creyentes, que nos sostiene y fortalece en nuestro caminar espiritual.

Gracias a María, Cristo se va a poder hacer presente en esta Eucaristía. Que también nosotros llevemos a los demás, esa misma presencia de Cristo que ahora comulgaremos.